

La agonía sonora

«Compré un cuadernillo de a real y en él comencé a desarrollar un *nuevo* sistema filosófico»; a la vizcaína empezaba las cosas. Lo cuenta en *Recuerdos de niñez y mocedad*. Y yo le creo. Este donquijotesco don Miguel de Unamuno al que cantó Antonio Machado y a quien Ortega y Gasset llamó «energúmeno español», que en el fondo es lo mismo, no podía iniciarse en filosofía como no fuera inventándola. O mejor, inventándosela: inventándola para sí. Al fin de cuentas, concebir un sistema filosófico —mi sistema, el sistema que mejor me cuadre— es una tentación harto normal; para ceder a ella no es necesario haber nacido en España, ni siquiera en Bilbao. Nietzsche ya sintió que toda metafísica es una confesión, un monólogo, el simulacro de un orden universal hecho de íntimos prejuicios demasiado humanos; también debió pensar que, si esto es verdad, lo que más abunda en el mundo son filósofos. Lo que no abunda son Unamunos. Miguel de Unamuno, como Nietzsche, como Pascal, a quien aterraba la soledad de su razón en la callada noche del universo, como ese otro Unamuno danés, Kierkegaard, hermano agónico de Dostoievski, de León Bloy, padeció hasta la muerte la más terrible enfermedad del pensamiento, su más terrible maldición: la conciencia de su originalidad. Y eso es lo mismo que estar solo. Toda la obra de Unamuno lleva la marca de lo singular, toda su vida la lleva. Pero original o singular no en la acepción usual que se da a estas palabras —novedad a la moda, formalismo, extravagancia—, sino en la otra, en la unamuniana. Y así, lo que empezó de muchacho en aquel cuadernito de estudiante, cuando inventó la filosofía, lo hará de hombre, ya sin proponérselo y como por fatalidad, en sus ensayos «a lo que salgan» (escritos en una época en que el género y aun el nombre eran casi desconocidos en España), en *Del sentimiento trágico de la vida*, exposición de la filosofía existencial anterior a Heidegger y a Jaspers, muy anterior a Sartre o a Claudel, en sus desmesuradas y contradictorias conductas públicas, en sus novelas inclasificables y esqueléticas, con una de las cuales (*Niebla*, 1914) fundó además aquel género disparatado, el de la *nivola*. Pero no hay que confundir. La rareza de Unamuno no es léxica ni, aun en un sentido más amplio, es verbal. Lo meramente literario, ha escrito, es meramente despreciable. Que las palabras lo atormentaban, de eso no cabe la menor duda —basta evocar las múltiples acotaciones semánticas que interrumpen por todas partes una idea o un juicio—, pero justamente por eso tampoco cabe ninguna duda de que, quien así escribió, padecía la obsesión de buscar en las palabras el origen antiguo de las cosas. En su prólogo a *Contra esto y aquello* («desde el destierro fronterizo de Hendaya, hoy, 11 de noviembre de 1928»), él lo explica así, por el absurdo: «Cuando al publicar mi novela *Niebla* inventé la palabra aquella de nivola, se echaron sobre ella no pocos lectores a quienes la tal palabreja alentaba, en su pereza mental, a juzgar la novela como tal novela y nada menos que toda una novela, que es». Lo que vuelve de pronto las cosas a su sitio y resulta, en todo caso, una

originalidad al revés, su paradoja. «¿Resucitar el Quijote?», se preguntó alguna vez, «en cuanto a eso, yo creo haber resucitado el de Cervantes».

Hay, es cierto, otra originalidad en el sentido de extravagancia o más precisamente de excentricidad, de estar fuera de centro, a la que Unamuno no escapa y en la que los turistas de biografías suelen detenerse, embobados, así como se detienen en los mirasoles de Oscar Wilde, en las borracheras colosales de Dylan Thomas, en la delincuente homosexualidad de Jean Genet, o en la oreja izquierda de Van Gogh. Es natural, y hasta perdonable. La noción del espacio curvo resulta menos sobrenatural si uno consigue pensar en la melena versátil de Einstein o en sus zapatos de distinto par; la manzana de Newton, aunque nunca haya existido, es más visible y hasta menos mortal que la Ley de la Gravitación, que por otra parte ya no explica el universo. Miguel de Unamuno, el pensador más original del mundo hispánico y, a veces, uno de sus poetas más altos,¹ era, por fortuna, un caballero algo llamativo y estrafalario. No usaba corbata calumnió a don Juan Tenorio, dormía muchísimo, no dejaba hablar a nadie, decía, y lo decía en España (más tarde en la Argentina lo repitió Borges) que el *Quijote* es más legible en inglés que en español, hacía pajaritas de papel, podía defender simultáneamente la autonomía vasca y la hispanidad lingüística de Euskadi, estaba tan enamorado de una única mujer que su monogamia era casi contranatura, redactaba artículos religiosos titulados, por ejemplo, *Hinchar cocos*. Reveló un atributo espiritual español, la real gana, que es también un atributo argentino, y que según él no tenía su asiento en el alma sino, más bien, en los testículos (*cfr. La agonía del cristianismo*, VI). Si a todo esto se agrega su cara de buho, su flacura de asceta y el que, además de hablar griego, latín y otras cinco o seis lenguas, aprendiera danés sólo para leer a Kierkegaard, parece natural que llamara la atención, aun en la España de Valle-Inclán. Como muchos grandes espíritus, Unamuno, en efecto, era un poco caricatural. Energúmeno, arbitrario, excéntrico: éstas son las palabras que más se oyen a propósito de este español. Y está bien que así sea. Los defectos son algo así como la cortesía de los hombres superiores, una gentileza para con sus contemporáneos. Si Sócrates hubiera sido menos feo, lo habrían ejecutado mucho antes. Lo malo de ciertas caricaturas de Unamuno es que, en vez de perfeccionarnos su imagen, como debería ser, nos borran el adentro del hombre: su lacerado agonizar, su enfermedad milenaria.

La enfermedad de Unamuno, esto me importa ahora.

No hace mucho, para escándalo de algunos poetas de mi generación —quienes por lo visto están sanos— pronuncié esa palabra. Enfermedad. Casi todo el gran arte y la mejor literatura de nuestro tiempo son un oficio de enfermos. Sociales, mentales o patológicos, pero enfermos. El nombre de la enfermedad de Unamuno lo había pronunciado Sören Kierkegaard, en 1849, año en que Poe («the fever called "living"») murió de esta misma peste. *Sygdomme til døden*, la enfermedad mortal. Veinticinco siglos antes, Sócrates, preparándose a beber su cicuta, dijo a sus discípulos que vivir significa

¹ No todo lector, supongo, querrá compartir esta sosegada opinión. A mí me tranquiliza pensar en Aldebarán, Salamanca, «Tú me levantas...», En la basílica del señor Santiago..., en los mejores sonetos del Rosario, en casi todo El Cristo de Velázquez, Vendrá de noche, En un cementerio de lugar castellano, en un buen montón de los casi mil ochocientos poemas del Cancionero póstumo y, entre ese montón, en dos sonetos, el que escribió al cumplir setenta y dos años y el que escribió tres días antes de morir.

estar enfermo durante demasiado tiempo y les pidió que pagaran un gallo a Asclepio, su curador. Unamuno dejó escrito: «Buscadme si me os muerdo / en el yermo de la Historia, / que es enfermedad la vida / y muero viviendo enfermo». Y de ahí, no de su famosa vanidad, «el terrible ornitorrinco de su yo», como diría Ortega. Ornitorrinco que no debe confundirse, lo repito, con vanidad terrible. La vanidad se da en términos de salón, de inmediatez; la fiebre de quedar siquiera en la Historia, en términos de panteón. El autodiagnóstico del mal de Unamuno es así: «¿Orgullo querer dejar un nombre imborrable? ¿Orgullo? Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendremos que serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a la nada. Queremos salvar la memoria, siquiera sea nuestra memoria» (*Del sentimiento trágico de la vida*, III).² Serlo todo: nombre imborrable; salvar, aunque más no sea, nuestra memoria. Hay en la sinceridad de Unamuno un impudor chocante y casi blasfemo. Como sacarse los pantalones en un velorio. Y es precisamente eso: es quedar desnudo ante la muerte. No hay más que un problema filosófico realmente serio, pensaba Albert Camus: el suicidio. La única cuestión es si la vida merece o no ser vivida. Unamuno habría dicho que esta frase es un énfasis, una reflexión de papanatas, una idea francesa: la única cuestión es cómo no morir nunca. Sed de eternidad, la llama en el segundo capítulo de *La agonía del cristianismo*, hambre de inmortalidad, en el resto de casi toda su obra. No quiero invalidar el pensamiento de Camus oponiéndolo al de Unamuno, ni ignoro que, en más de un lugar, estos dos hombres se juntan, lo que busco es reflejar de algún modo la seriedad que para este vasco tenían ciertas ideas, si es que, escribiendo sobre Unamuno, se puede hablar de ideas. Él las llamaría pasiones, arrebatos. Sólo así se puede entender de qué habla realmente cuando habla de dejar una obra perdurable. Perdurar, durar un poco más, es el único consuelo de la condición mortal, y, en boca de Unamuno, es una fórmula casi desesperada. Y hasta un acto de claudicación. Si la inmortalidad personal, la inmortalidad de mi cuerpo tal como es ahora, es imposible, entonces lo único humano que nos queda es la memoria de los otros. «El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores, que sale como la flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece...», el hombre existencial del *Libro de Job* que se revuelca en su estercolero y canta, necesita por lo menos tu memoria, lector, y mi memoria. Y por eso canta. Los artistas y los poetas hacen su obra por muchas razones. Unamuno escribe porque es mortal. Dicho con sus propias palabras, para derretir el espanto de la muerte. Uno de sus ensayos se llama *El secreto de la vida*, y el secreto es así: «... el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz del que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, el furioso, el insaciable anhelo de ser

² El párrafo termina así: «¿Y si salváramos nuestra memoria en Dios?» Dicho con otras palabras, que este Dios casi conjetural es una mera consecuencia o una consolación, un Dios creado para negar la muerte. No me asombra que Unamuno juzgara la *Crítica de la Razón práctica* como la obra más heroica de la filosofía, al revés de Schopenhauer, quien la vio como una abdicación. Basta leer la oración del ateo para sentir que el título encubre o exorciza un clamor íntimo. También, esta frase de una carta citada por Serrano Poncela (*El pensamiento de Unamuno*, México, 1953, p. 103): «... si no hay fin en la creación, todo esto es un verdadero absurdo». Unamuno hace a su Dios, irracionalmente, para poder sentir que el mundo es racional. Sólo al profesor Julián Marías (*Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, 1951, p. 198) se le pudo ocurrir que la inmortalidad de Unamuno es «la vida perdurable tal como la afirma el catolicismo: garantizada por Dios, ejemplificada por la resurrección de Cristo» [sic].